

lance contra un enemigo y me vea después obligado á renegar de mi imprudencia.

## XX

Unos coches van por las calles arrastrados por caballos. Son terribles. Otros coches andan solos y respiran muy fuerte. También son aterradores. Los hombres harapientos son detestables, como todos los que llevan cestos á la cabeza ó que ruedan toneles. No me gustan los niños que, buscándose y huyendo unos de otros, corren y gritan por las calles. En el mundo todo es amenaza y hostilidad.

El señor Bergeret sacó los cordones que sostenían el retrato.  
—Ahora queda torcido—advirtió la señora Bergeret.  
—¿De veras?

## LA CORBATA

El señor Bergeret clavaba escarpias en las paredes de su nueva casa, y al advertir que semejante ocupación le complacía, quiso estudiar las razones por las cuales le era agradable clavar escarpias en las paredes. Halló las razones que buscaba y perdió el goce que sentía; porque su goce precisamente se hallaba reducido á clavar escarpias sin preocuparse de investigar la razón de las cosas. Mientras meditaba acerca de las desventajas del espíritu filosófico colgó el retrato de su padre en el sitio de preferencia del salón.

—Queda excesivamente inclinado hacia delante—advirtió Zoé.

—¿De veras?

—Sí; estoy segura. Se vence mucho sobre la escarpia, como si fuese á caer.

El señor Bergeret acortó los cordones que sostenían el retrato.

—Ahora queda torcido—advirtió la señorita Bergeret.

—¿De veras?

—Salta á los ojos. Está muy torcido hacia la derecha.

El señor Bergeret lo empujó por una esquina con la mano.

—¿Y ahora?

—Está torcido hacia la izquierda.

El señor Bergeret hizo cuanto pudo para que la base del cuadro quedase perfectamente horizontal; luego retrocedió tres pasos y juzgó su obra.

—Me parece que ahora está bien.

—Sí, está bien—dijo Zoé—. Cuando un cuadro no está derecho me produce una impresión muy desagradable.

—No sólo te ocurre á ti, Zoé; muchas personas sienten una especie de malestar ante un cuadro torcido. Las irregularidades resaltan mucho en las figuras geométricas más sencillas; al punto se advierte la diferencia entre lo que es y lo que debería ser. Hay per-

sonas que padecen sólo de ver mal ajustadas las tiras de papel de tapizar que recubren las paredes. Somos hombres, es decir, somos de una condición atroz y terrible, y nos preocupa que un cuadro esté torcido.

—Lo cual no debe extrañarte, Luciano. Verdaderas insignificancias tienen un lugar importantísimo en la vida. Tú mismo te interesas á cada punto por mil pequeñeces.

—En tantos años como hace que veo ese retrato—dijo el señor Bergeret—no había reparado en lo que ahora fija mi atención. Advierto que ese retrato de nuestro padre es el retrato de un hombre joven.

—¡Si cuando el pintor Goselin hizo ese retrato al volver de Roma, nuestro padre no tendría más de treinta años!

—Es cierto, hermana. Pero cuando yo era niño, este retrato me parecía el de un hombre maduro, y he conservado aquella impresión, que acaba de desvanecerse ahora, de pronto. La pintura de Goselin se ha oscurecido; la carne adquirió, bajo el barniz viejo, un tono ambarino; las sombras verdosas desvanecen los contornos. El rostro de nuestro

padre se sumerge poco á poco en una lejanía profunda. Pero esa frente despejada, esos ojos ardientes, esas mejillas de una delgadez suave y tranquila, esa cabellera negra, abundante y sedosa, pertenecen, y lo advierto por primera vez, á un hombre rebosante de vitalidad.

—Es cierto—dijo Zoé.

—El peinado y el traje son de la época lejana de su juventud; el cuello de su frac verde botella es muy alto; luce un chaleco de nankin y su ancha corbata de seda negra da tres vueltas á su cuello.

—Hace una docena de años—dijo Zoé—veíanse aún algunos caballeros que llevaban corbatas semejantes.

—Es posible—dijo el señor Bergeret—. El señor Malorey no usó nunca otra clase de corbatas.

—¿Sin duda te refieres, Luciano, al decano de la Facultad de Letras de Saint-Omer? Hace ya treinta años que murió, y acaso algunos más.

—Tenía más de sesenta años, Zoé, cuando yo tenía menos de doce; y cometí entonces

con su corbata un atentado de audacia increíble.

—Me parece recordar—dijo Zoé—aquella travesura, que no tuvo maldita la gracia.

—No, Zoé, no; tú no recuerdas mi atentado. Si conservaras memoria de aquello lo juzgarías de otro modo. Ya sabes que el señor Malorey era muy pulcro, y que ostentaba en todas las ocasiones cierta solemnidad. Sabes también que era un hombre muy correcto. Al hablar usaba giros anticuados y de impecable delicadeza. En cierta ocasión invitó á nuestros padres á comer, y al instarles para que repitieran de un plato de verdura, decía á nuestra madre: «Otro culito de alcachofa, señora, otro culito.» Al decirlo así, ajustábase á las más finas tradiciones de la civilización y del idioma, porque nuestros antepasados jamás dijeron «un corazón de alcachofa»; pero aquella frase anticuada chocó tanto á nuestra madre, que á duras penas pudo contener la risa. Nosotros, Zoé, nos enteramos, no sé cómo, de la historia de los culitos de alcachofa.

—Lo supimos—dijo Zoé, mientras ciosa

unas cortinas blancas—, lo supimos porque nuestro padre lo contó un día delante de nosotros sin advertir nuestra presencia.

—Y desde entonces, Zoé, no podías ver al señor Malorey sin sentir ganas de reír.

—Tú también reías.

—No, Zoé, yo no reía por eso. Lo que divierte á los demás hombres no me divierte, y lo que me produce regocijo no regocija á los demás hombres; lo he observado con mucha frecuencia. Yo me distraigo en lugares adonde nadie va; me alegra ó entristece lo que produce á los demás la emoción contraria, y esto ha sido bastante para que mucha gente me crea estúpido.

El señor Bergeret subióse á la escalera para colgar «una vista del Vesubio durante una erupción nocturna», cuadro á la acuarela procedente de un abuelo paterno.

—Pero nunca te he referido, hermana, la travesura de que hice víctima al señor Malorey.

La señorita Zoé le dijo:

—Luciano, ya que estás en la escalera, pon los bastones de las cortinas.

—Con mucho gusto—respondió el señor Bergeret—. Vivíamos entonces en una casita del barrio Saint-Omer.

—Los remates están en la caja de los clavos.

—Ya los veo... Una casita con jardín.

—Un jardín muy bonito—dijo Zoé—. Había en él muchísimas lilas, y sobre el césped una jardinera de barro cocido; en el fondo de un laberinto una gruta rústica y sobre la tapia dos jarrones azules.

—Sí, Zoé, dos jarrones azules... Una mañana, una mañana de verano, el señor Malorey fué á nuestra casa para consultar unos libros que faltaban en su biblioteca, y que no hubiera podido encontrar en la biblioteca pública, destruída por un incendio. Mi padre ofreció su despacho y sus libros al decano; el señor Malorey aceptó su ofrecimiento, y acordaron que, después de tomar sus notas, almorzaría con nosotros.

—Mira si las cortinas quedan algo cortas, Luciano.

—Ya voy. El calor de aquella mañana era sofocante. Los pájaros permanecían silencio-

sos y el follaje no susurraba. Yo, sentado al pie de un árbol del jardín, veía en el interior del despacho la espalda del señor Malorey y sus largos cabellos blancos esparcidos sobre el cuello de su levita. Su cuerpo estaba inmóvil; solamente su mano se movía sobre un plieguecillo de papel. No era nada extraordinario; escribía. Pero lo que me chocó...

—¿Son bastante largas?

—Les faltan cuatro dedos, Zoé.

—¿Cómo cuatro dedos, Luciano?

—Mira... Lo que me chocó, fué ver la corbata del señor Malorey en el alféizar de la ventana. El decano, sofocado por el calor, habíase quitado la tira de seda negra que daba tres vueltas á su cuello, y las dos puntas de la inmensa corbata colgaban sobre la pared. Apoderóse de mí un deseo irresistible de cogerla. Deslicéme cauteloso, levanté la mano hasta llegar á una punta de la corbata, y di un tirón. Nada se notó en el despacho; di otro tirón, la corbata desprendióse del todo y fui á ocultarla en uno de los jarrones azules del jardín.

—No era muy graciosa la ocurrencia.

—No... La escondí en uno de los jarrones azules, y la tapé con hojas y musgo. El señor Malorey siguió en el despacho abstraído en su escritura. Veía yo su espalda inmóvil y sus largos cabellos blancos esparcidos sobre el cuello de su levita. Luego, la criada me llamó para el almuerzo. Al entrar en el comedor ofrecióse ante mis ojos un espectáculo inesperado. Vi entre mi padre y mi madre al señor Malorey, agradable y solemne, pero sin la corbata. Conservaba su aspecto distinguido. Parecióme casi augusto; pero no llevaba corbata. Y aquello era lo que me sorprendió extraordinariamente. Yo estaba seguro de que no podía llevarla, puesto que la escondí en el jarrón azul, y, sin embargo, me extrañaba muchísimo que no la llevase. «No puedo explicármelo, señora...», decía suavemente á mi madre. Ella le interrumpía: «Mi marido le prestará una, caballero.» Yo reflexionaba: «La escondí en broma, y no haberla encontrado resulta una cosa seria.» Este contraste me sorprendió.